



Lun
22
Ene
2018

Evangelio del día

Tercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Vicente (22 de Enero)

“Creedme, todo se les podrá perdonar a los hombres...”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de Samuel 5, 1-7. 10

En aquellos días, todas las tribus de Israel se presentaron ante David en Hebrón y le dijeron:

«Hueso tuyo y carne tuya somos. Desde hace tiempo, cuando Saúl reinaba sobre nosotros, eras tú el que dirigía las salidas y entradas de Israel. Por su parte, el Señor te ha dicho: “Tú pastorearás a mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel”».

Los ancianos de Israel vinieron a ver al rey en Hebrón. El rey hizo una alianza con ellos en Hebrón, en presencia del Señor, y ellos le ungieron como rey de Israel.

David tenía treinta años cuando comenzó a reinar. Y reinó cuarenta años; siete años y seis meses sobre Judá en Hebrón, y treinta y tres años en Jerusalén sobre todo Israel y Judá.

David se dirigió con sus hombres a Jerusalén contra los jebuseos que habitaban el país.

Estos dijeron a David:

«No entrarás aquí, pues te rechazarán hasta los ciegos y los cojos.»

Era como decir: David no entrará aquí.

Pero David tomó la fortaleza de Sión, que es la ciudad de David.

David iba engrandeciéndose, pues el Señor, Dios del universo, estaba con él.

Salmo

Sal 88, 20. 21-22. 25-26 R/. Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán

V/. Un día hablaste en visión a tus santos:

«He ceñido la corona a un héroe,
he levantado a un soldado de entre el pueblo». R/.

V/. «Encontré a David, mi siervo,
y lo he ungido con óleo sagrado;
para que mi mano esté siempre con él
y mi brazo lo haga valeroso». R/.

V/. «Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán,
por mi nombre crecerá su poder:
extenderé su izquierda hasta el mar,
y su derecha hasta el Gran Río». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 3, 22-30

En aquel tiempo, los escribas que habían bajado de Jerusalén decían:

«Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios».

Él los invitó a acercarse y les hablaba en parábolas:

«¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? Un reino dividido internamente no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir. Si Satanás se rebela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con la casa.

En verdad os digo, todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre».

Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo.

Reflexión del Evangelio de hoy

Tú serás el pastor de mi pueblo

Confiar en alguien tiene un proceso, no le damos las llaves de la casa a todo el que nos encontramos por ahí, en cambio hoy se dice que con las nuevas tecnologías, con las redes sociales, abrimos la puerta de nuestra casa (nuestra vida) a los desconocidos y muchos pueden saber de nosotros más de lo que tendrían que saber.

Los parámetros de la confianza de Dios, tal y como nos cuentan los relatos bíblicos, no son los que utilizamos habitualmente nosotros, elige a aquellos que son pequeños, desfavorecidos, no son grandes personas a nivel político, social, económico... sino que saca de lo pequeño todo aquello que les hará grandes después, eso asombra a aquellos que se enfrentan con los elegidos del Señor, porque se creen con más poder y fuerza que los que son enviados por Dios.

Puede que creamos que los títulos, el poder, la fama, el dinero... todo eso traiga los puestos más altos, pero a veces tanto peso hace que la caída sea más fuerte, porque no se puede llegar arriba cuando la carga de material es tan grande, si uno va ligero de equipaje el camino difícil se le hará más llevadero. No podemos hacer ese camino solos, debemos saber bien en quién podemos confiar para que cuando lleguen las dificultades tengamos en quien apoyarnos, tengamos una mano que nos sujete, o un hombro en donde apoyarnos.

¿A quién vemos cuando tenemos a alguien enfrente?

Somos rápidos para ver lo mal que lo hacen otros, si midieran la velocidad de la luz y la velocidad en la que descubrimos una equivocación de alguien que está cerca, no habría mucha diferencia... Nos cuesta descubrir las cualidades propias, nos cuesta saber cuándo alguien que no tiene buena relación con nosotros está en lo correcto, nos cuesta ceder ante quien tenemos enfrente (en contra), si pusiéramos el freno en esas actitudes y aceleráramos en las de reconocer los valores ganaríamos en tiempo, en ánimo, en felicidad y no necesitaríamos tantas justificaciones para los errores.

Hoy nos asombramos cuando nos atienden bien en cualquier sitio, cuando vemos que alguien nos avisa de haber perdido algo en la calle, cuando jóvenes ceden asientos en el transporte público a quien lo necesita, cuando se saluda con educación y respeto. Lo que de verdad nos debería sorprender es el caso contrario, ya que lo normal debería ser que el trato fuera cordial y fraterno.

Podría ser verdad que, tal y como se dan las situaciones, el mal lucha contra el mal a ver quién tiene más poder y puede ganar la batalla.

¿Confiamos en todos aquellos que se nos acercan? ¿Por qué exponemos nuestra vida a pública subasta en las RRSS y dejamos que otros juzguen nuestra forma de vivir? ¿Qué tiene más valor en nuestra vida lo que nos cuesta pero nos ayuda a humanizarnos o lo que es más fácil y nos deshumaniza?



Hna. Macu Becerra O.P.
Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia

San Vicente

San Vicente ha quedado para siempre vinculado a Valencia, aunque su lugar de nacimiento parece que fue la ciudad de Huesca. Es verdad que no disponemos de fuentes precisas para aclarar los comienzos del cristianismo en la ciudad del Turia. Era colonia romana desde mediados del siglo I a.C., y se descubre ya actividad de los cristianos en la región a finales del siglo III; antes parece que no hubo una presencia significativa de comunidades cristianas.

A comienzos del siglo IV y en plena persecución de Diocleciano tuvo lugar el «martirio de San Vicente», uno de los santos del cristianismo antiguo que alcanzó mayor popularidad en todas las épocas. «San Vicente, mártir de Valencia –escribe Ángel Fábrega Grau–, es sin duda uno de los mártires no sólo de España, sino de toda la Iglesia que obtuvo un culto más espléndido y universal desde los tiempos más remotos» (Pasionario Hispánico (siglos VII-XII, Madrid-Barcelona, 1953, T. I, p. 92).

Son varios los datos que tenemos históricamente ciertos. Era diácono de la iglesia Caesaraugustana; fue apresado en esta ciudad de Zaragoza y llevado a la de Valencia en compañía de su obispo, Valero, o Valerio, hacia el 304/305. Puede que el procónsul o juez Daciano la eligiera por el escaso peso específico que tenían todavía en ella los seguidores de Cristo. No se dispone de actas del martirio propiamente proconsulares, es decir, redactadas en el momento mismo del proceso por funcionarios romanos. Su memoria, sin embargo, transmitida al comienzo de forma oral, se recogió después en «pasiones», y de ellas se hicieron eco en sermones y composiciones poéticas. A comienzos del siglo V se conocía ya una «pasión» cuya lectura escuchaba en la liturgia San Agustín y muchos de sus contemporáneos; el aniversario de la muerte se celebraba el 22 de enero. El relato recogía los pormenores de la prisión, proceso, torturas, muerte y ventura que corrió su cadáver; se fecha con toda probabilidad en los últimos años del siglo IV; por tanto, a una distancia de casi cien años de su muerte.

[...] Fue mártir de la particular devoción de San Agustín. En diferentes años predicó en el día de su fiesta y han llegado a nosotros cinco sermones suyos. Contemplaba la victoria total de San Vicente en la persecución, interrogatorio y tortura; venció en la muerte, venció una vez muerto. Su fortaleza la recibió de Cristo, que antes había derramado la sangre por él.

Todo lo superó con la ayuda del Señor –exclama en el sermón 275–, combatiendo en dura lucha contra las asechanzas del antiguo enemigo, contra la crueldad del juez impío, contra los dolores de la carne mortal. «Daba la impresión de ser uno el atormentado y otro el que hablaba. Y efectivamente era otro; el Señor lo había predicho y prometido a sus mártires, diciendo: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros (Mt 10, 20).

[...] ¡Qué belleza de alma tendría aquél hasta cuyo cadáver resultó invicto —escribía en el Sermón 277—. «Dios concede a sus iglesias los cuerpos de los santos no para gloria de los mártires, sino para que se conviertan en lugares de oración». A este propósito podría recordarse la devoción que tenía Santo Domingo a San Vicente, tal como asegura un autor del siglo XIII, Esteban de Salagnac: «El padre Santo (Domingo) visitaba frecuentemente y de buen grado los lugares de oración y los sepulcros de los santos, y no pasaba de largo como nube sin lluvia, sino que allí, en oración, juntaba más de una vez el día con la noche. Con más frecuencia, sin embargo, siempre que se presentaba la ocasión, se retiraba a la villa llamada Castres, en la diócesis de Albí, limítrofe con la de Toulouse. Le movía la reverencia y devoción al santísimo levita Vicente, cuyo cuerpo sin duda alguna se reconoce y es cierto que reposa allí» (L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, Santo Domingo de Guzmán, fuentes para su conocimiento, Madrid, BAC, 1987, p. 693).

Tras la paz constantiniana (313) se trasladó su cuerpo junto a la vía Augusta, a un kilómetro de la ciudad de Valencia; sobre su sepulcro se levantó después una basílica. En su entorno se estableció una comunidad de monjes hispano-romanos. Monasterio y basílica permanecieron durante la época de dominación musulmana. Algunas de sus reliquias se fueron dispersando por diferentes partes de España, Francia e Italia, principalmente. A partir del siglo IX se habla de «traslaciones del cuerpo entre otros lugares, al monasterio benedictino de Castres, en el Languedoc.

Fr. Vito T. Gómez García O.P.